

Guillermo Ramos Flamerich

3 de enero 2026: Hay días que marcan épocas

Comienzo a escribir estas líneas exactamente a un mes de haberse producido la captura de Nicolás Maduro y Cilia Flores por parte de los Estados Unidos. Se trata de un acontecimiento histórico cuyo carácter reciente, todavía inscrito en lo cotidiano, dificulta trazar con claridad hacia dónde conduce. Y si bien fue un episodio cinematográfico, abierto a múltiples lecturas, el desenlace dependió de una intervención extranjera, lo cual constituye, ante todo, un fracaso colectivo como sociedad y revela los niveles de control a los que ha estado expuesto el país en su conjunto. Pero también abre una posibilidad. Maduro es, al mismo tiempo, una figura ya del pasado y un recordatorio: la impunidad de quienes retienen el poder no es infinita.

El 3 de enero de 2026 abrió una rendija para la democratización del sistema venezolano. Una oportunidad que no vendrá desde afuera ni está garantizada, pero para la cual contamos con el bagaje histórico necesario y debemos construir la fuerza capaz de transformar las heridas en cicatrices y estas en marcas de un aprendizaje colectivo.

Quienes nacimos en la década de 1990 —también los de los ochenta y dos mil—, tanto los venezolanos de afuera como los de adentro, solo hemos conocido una sucesión ininterrumpida de

acontecimientos históricos enmarcados en una crisis. Desde el colapso de la democracia, hasta la emergencia de un nuevo sistema el cual, amparado en el discurso de la participación popular, fue erosionando el pluralismo hasta volverse cerrado y brutal, y que, aun colapsado, no ha terminado de caer.

Un poco de historia

Los sistemas políticos en Venezuela han tenido una duración entre dos y cuatro décadas. En el siglo XX, la democracia fue la gran promesa, logro y también la gran sorpresa: logró consolidarse en un país marcado por la tradición caudillista y las guerras civiles, y lo hizo imponiendo un modelo democrático representativo con un fuerte sentido social. Sin embargo, ese sistema colapsó al olvidarse de sus valores fundacionales y al no saberse reinventar y ser fiel a sí mismo. Aunque no se regresó exactamente al pasado, comenzó a gestarse una combinación de varios de nuestros males históricos al mismo tiempo, ahora agravados e insertos en los dilemas propios de la geopolítica de este siglo.

Presión internacional y patadas históricas habíamos vivido antes. El bloqueo impuesto por potencias europeas entre 1902-1903, en reclamo de deudas, le ofreció al caudillo Cipriano Castro la oportunidad de exaltar el ánimo nacional, al tiempo que otorgó a los Estados Unidos un papel clave de disuasión, control y mediación frente a Europa, esto se conoció como el “Corolario Roosevelt” de la Doctrina Monroe. Ese mismo Castro sería desplazado por su compadre Juan Vicente Gómez a finales de 1908, con el objetivo de entenderse mejor con los estadounidenses y tratar con guantes de seda sus inversiones e intereses, esto marcaría el inicio de la industria petrolera en Venezuela. Mientras tanto, con guante de cuero y puño de guerra, Gómez reprimía a la disidencia e instauraba la paz en las tumbas, los trabajos forzados en carreteras y en la cárcel de La Rotunda.

Desde luego, existen momentos que son luminosos y están fijados en la memoria colectiva: la de los estudiantes universitarios de la “Generación del 28” frente a Gómez, la instauración del voto universal, directo y secreto a partir de 1946, o la épica del 23 de enero de 1958. Pero hay otros episodios, menos recordados en el imaginario nacional, claves para comprender el presente.

El pasado como patrimonio presente

Tras la muerte de Gómez y el inicio de 1936, la continuidad del sistema en manos de un militar de su confianza, el general Eleazar López Contreras, planteó un dilema central entre transición y continuidad. Aunque existió desde la presidencia una voluntad de modernizar el Estado y de introducir concesiones graduales, fueron las movilizaciones estudiantiles, la organización ciudadana y el debate público en la prensa —verdadero manantial de ideas— los que impulsaron la afirmación de la democracia como una lucha colectiva.

Como recordaba el historiador Manuel Caballero, las protestas de Caracas del 14 de febrero de 1936 pueden considerarse, quizá, el acta de nacimiento de la democracia en la Venezuela moderna. Sin embargo, los casi cinco años y medio del gobierno de López Contreras estuvieron marcados por un movimiento en zigzag: al episodio del 14 de febrero, cuando el pueblo salió a la calle pese a la represión para rechazar la imposición de una nueva censura —con heridos y muertos—, siguieron la huelga petrolera y las expulsiones de dirigentes opositores en 1937. Las aspiraciones al sufragio universal y a una participación política con más derechos, solo comenzarían a materializarse una década después y a consolidarse con los pactos de gobernabilidad del 58.

La otra fecha es 1968, todo ese año de convulsión internacional, en Venezuela vive su tercera elección presidencial continua en

democracia. Ganó la oposición, representada por los socialcristianos de COPEI, frente a Acción Democrática, quienes llevaban una década gobernando. A pesar de los ánimos exaltados, el gobierno reconoció su derrota. Por poco margen, pero perdió. Por primera vez ocurría algo así en el país. Es necesario imaginar el significado de todo aquello para un país que, en apenas tres décadas, había dado un salto extraordinario y aspiraba a más. Luego, se hizo costumbre. Recuperarlo será un acontecimiento mayor, digno de una justa dimensión y aprecio.

En democracia las mayorías cambian y hay dinamismo. En dictadura te imponen, como si la vida no pasara, un momento unidimensional, una trampa infinita. El chavismo ha sido la imposición y la captura de un momento social determinado, de mayorías eventuales, para hacer del poder político y económico un patrimonio particular.

Los hilos conductores

Podemos encontrar al menos dos hilos conductores con los cuales se ha bordado la realidad venezolana: el autoritario militarista y el democrático civil. Ambos pesan en este presente, momento en el cual debemos plantearnos un mejor modelo de sociedad y una democracia capaz de comprender al país. Una democracia orientada a proponer soluciones duraderas y dotada de mecanismos de renovación en tiempos de dificultad.

La tradición autoritaria está asociada con el orden y la verticalidad del caudillo y sus capturadores del poder. En ese imaginario están Gómez y Marcos Pérez Jiménez, uno como pacificador y el otro como constructor del orden y de la “modernidad espectacular” como titulara su estudio Lisa Blackmore. A ellos se asocian igualmente la tortura y la prisión política, una estela recurrente en la historia con frecuencia minimizada, quizá porque otras formas

de violencia política –como los magnicidios u otros asesinatos más públicos– se perciben como ajenas a nuestra experiencia.

Chávez apuntaló en su primera etapa al imaginario del orden, a una lucha contra la corrupción y la revolución del sistema. Los inicios del siglo XXI fueron una rara oportunidad perdida: bono demográfico, una democracia mejorable y reformable, un contexto económico internacional favorable a las materias primas y un país con mucho talento en todas sus formas. Eran grandes las fallas arrastradas y los desafíos enormes, pero existían capacidades para superarse.

La otra tradición, la civil, la debemos invocar ahora, en este espacio tan frágil como cautivador por sus posibilidades. Son numerosos los ejemplos a mano: hombres y mujeres de distintas generaciones y compromisos que, a lo largo de casi doscientos años de historia republicana, han imaginado un país mejor. Pienso en Cecilio Acosta y su aversión al odio político; en Rómulo Gallegos y el «dolor patrio», legado como enseñanza y sentimiento a todos aquellos a quienes educó y a quienes lo hemos leído; en Augusto Mijares, Mario Briceño Iragorry y Mariano Picón Salas, quienes, desde diferentes posiciones ideológicas, compartieron una firme defensa de lo civil y –como decía este último– la convicción de compartir el hecho de ser venezolano, “es decir, de actuar y pensar en un país en tormentoso y contradictorio proceso de crecimiento”.

A ello se suman las mujeres pioneras en la defensa de sus derechos, por el voto y por la construcción de una sociedad de avanzada: Carmen Clemente Travieso, Cecilia Pimentel o María Teresa Castillo, la excelencia cultural de Sofía Ímber y Virginia Betancourt, así como la tenacidad de Mercedes Pulido. Los nombres son innumerables y, más aún, lo son los de las mujeres y los hombres que hoy trabajan por Venezuela, dentro o fuera de sus fronteras, con nostalgia quizás, por lo perdido, pero con la con-

vicción de reconstruir y la consecución de la democracia, como sistema y forma de vida.

El juego político y el llegadero

Hay meses que duran semanas y años que marcan décadas. El momento político actual, en su fragilidad y con la adenda del “gobierno encargado”, puede generar un panorama casi esquizofrénico, por momentos pareciera avanzarse; en otros, la impresión es la de más de lo mismo.

El juego político, sin embargo, no puede reducirse a una competencia por complacer los intereses de los Estados Unidos. Nos ha tocado, desafortunadamente, una suerte de protectorado telemático. Pero esto debe ser temporal. La búsqueda de independencia en libertad es el propósito irrenunciable.

Por eso, todos los sectores comprometidos con la democracia deben ser convocados, dentro y fuera del país, para alcanzar acuerdos esenciales. Reconocer las derrotas pasadas, pero también el bagaje de luchas y experiencias exitosas propias, las cuales forman parte de nuestro patrimonio común. Hacer frente para lograr la liberación total de todos los presos políticos, el fin de la censura y la apertura de un debate verdaderamente plural. Comenzar la reconstrucción democrática a través de elecciones generales libres, punto de partida para lo que viene.

Es un momento crítico y delicado, pero también poseemos la fuerza capaz de convertirlo en algo fecundo. Que esta crisis, hoy vista como llegadero, se convierta en oportunidad.